

CÓCTELES CUBANOS

Artículo sobre biotecnología cubana aparecido en el periódico inglés The Guardian en Marzo de este año.

La industria de biotecnología más avanzada del mundo en desarrollo exporta vacunas a todo el planeta, a pesar de la acusación de Estados Unidos de que fabrica armas biológicas.

Desde la caída de su aliado soviético ha sido difícil que Cuba consiguiese éxitos rotundos, pero cada vez más nítidamente su industria de biotecnología parece ser un triunfo. Enfocada principalmente siguiendo las necesidades domésticas, la biotecnología desarrollada en el país ha hecho avanzar lo que ya era un sistema de salud destacado hasta una situación en la que los ciudadanos cubanos disfrutan de una de las más elevadas esperanzas de vida y unos programas de vacunación infantil de los más amplios del mundo. Además, todos los enfermos de HIV/SIDA pueden disponer de medicamentos antiretrovirales.

Pero lo que para Cuba es un éxito, para EE.UU. representa un peligro. De acuerdo con ciertas fuentes de la administración Bush, los esfuerzos de Cuba en el campo de la biotecnología esconden infames tejemanejes.

John Bolton, el subsecretario de estado para el control armamentístico, afirma que Cuba cuenta al menos con un programa limitado de armas biológicas ofensivas. Otros representantes estadounidenses se han hecho eco de la amenaza. El destacar en lo que podría ser la nueva tecnología más lucrativa durante décadas ha situado aparentemente a Cuba en el objetivo de una administración siempre dispuesta a disparar.

Pocas personas ajenas a la administración estadounidense dan crédito a la idea de que los científicos cubanos estén preparando cultivos de patógenos letales. En 2002, Glenn Baker, del Centro Estadounidense para la Información de Defensa (CDI, en sus siglas inglesas), desplazó un equipo de científicos y antiguos inspectores de armas a Cuba para investigar. Visitaron nueve centros biotecnológicos, escogidos con la ayuda de funcionarios de inteligencia en activo y no encontraron nada que sugiriese el desarrollo de un programa armamentístico en activo.

El pasado mes de noviembre, otro equipo del CDI llegaba a la conclusión de que lo único que tramaban los cubanos era producir una amplia gama de vacunas, principalmente para uso doméstico, pero también para la exportación. Sugerir que Cuba es un problema porque podría producir grandes cantidades de armas biológicas si así lo decide es engañoso; cualquier país con una industria de biotecnología moderna y una universidad con una facultad de biología mediamente decente podría fabricarlas.

Para muchos observadores, los intentos de presentar la biotecnología cubana como una amenaza para los ciudadanos estadounidenses enmascaran la finalidad real: justificar el bloqueo comercial en vigor desde los años sesenta. "Necesitan una razón para mantener el embargo", afirmó el Dr. Agustín Lage, director general del Centro de Inmunología Molecular del parque científico de la Habana Occidental. Ian Gibson, que preside el Comité de Ciencia y Tecnología de la Cámara de los Comunes recientemente visitó el parque científico, donde está ubicada la mayor parte de la industria de biotecnología. Él cree que los argumentos estadounidenses son simple propaganda y que sus representantes son muy conscientes de que esta industria no es una amenaza.

Los planes reales de la biotecnología cubana son al mismo tiempo más prosaicos y ambiciosos. Al haberse sentido forzada a encontrar una salida a la precariedad económica impuesta por las sanciones estadounidenses, Cuba se ha encontrado con fábricas y expertos biotecnológicos nacionales de categoría mundial.

De acuerdo con expertos que han inspeccionado las instalaciones principales de Cuba, la calidad de la investigación y de los productos es de categoría mundial. Cuba ya ha obtenido la licencia de la Organización Mundial de la Salud para suministrar la vacuna de la hepatitis B para Unicef.

Cuba necesita dinero desesperadamente. El comercio exterior del país se hundió en un alarmante 85 por ciento con la caída del bloque del Este a principios de los noventa y el PIB descendió un 35 por ciento. Se considera crucial la entrada en nuevos mercados, especialmente Europa.

El que Cuba tenga la oportunidad de convertirse en la única nación en desarrollo que sea un actor global en el campo de la tecnología sugiere que el punto de vista que durante tanto tiempo ha mantenido Fidel Castro en cuanto a considerar la ciencia como un motor económico puede estar dando resultado. En los sesenta y setenta, los estudiantes más brillantes cubanos fueron enviados a las universidades de Rusia, Reino Unido, Japón y otros lugares para construir una base de conocimientos científicos propia del país. El criterio consistía en que mientras los países capitalistas consideraban la salud y la educación frutos del crecimiento económico, Cuba lo veía justo al contrario: una nación saludable y educada era un requisito previo para que se produjese el crecimiento económico.

Ahora Cuba posee más de 40 instituciones biotecnológicas, agrupadas principalmente en el extrarradio de La Habana, que emplean a 12.000 personas, de los cuales más de 7.000 son científicos. Las vacunas y los productos médicos se exportan a más de 50 países, lo que ayuda a la industria a alcanzar ese extraordinario objetivo: un flujo de caja positivo. Aproximadamente el 80 por ciento de las empresas biotecnológicas del mundo no pueden afirmar que obtienen beneficios y existen gracias al apoyo de capitalistas en busca de iniciativas especulativas.

La presión ejercida sobre Cuba para que triunfase en la biotecnología con una escasa ayuda exterior ha dado como resultado un método eficiente de transformar las ideas en productos. En los primeros años de la industria, los científicos trabajaban en sus laboratorios y se acercaban a las empresas si pensaban que estaban tras algo importante. Invariablemente, la industria no estaba interesada o los científicos no habían sabido ver la oportunidad. Ahora, los institutos biotecnológicos cubanos se denominan organizaciones, "de circuito cerrado" y albergan laboratorios, fábricas y departamentos de marketing bajo un solo techo; las ideas se trasladan del laboratorio al mercado en un tiempo récord.

Los esfuerzos cubanos ahora se centran en patentar nuevos productos biotecnológicos, un paso que apenas se tenía en cuenta antes de la caída del bloque del Este. Pero asegurar los derechos de propiedad intelectual sólo es la mitad de la batalla. Para introducirse en nuevos mercados, las empresas cubanas necesitan asociarse con compañías de biotecnología extranjeras para conseguir que sus medicamentos superen las regulaciones locales y abrir las puertas a los compradores.

Las multinacionales, que obtienen inmensos beneficios en el mercado estadounidense, no es muy probable que se arriesguen a que surjan tensiones con los Estados Unidos a no ser que el producto que los cubanos vendan sea irresistible. GlaxoSmithKline, que posee una planta piloto cerca de La Habana para producir la vacuna de la meningitis desarrollada en Cuba, solo estableció vínculos con la industria de la isla tras un fuerte regateo con Washington.

Irónicamente, EE.UU. puede encontrarse perdiendo terreno en su determinación de aislar a Cuba. El estado de Castro tiene patentes de más de 20 tratamientos avanzados anticáncer que están experimentándose clínicamente. Si resultan ser efectivos, podrían adquirirse en todo el mundo menos en EE.UU., y la legislación de patentes impediría que EE.UU. fabricase sus propias versiones.

En cuanto a Cuba, sólo podrá superar las barreras del mercado europeo si puede asegurar que produce los mejores productos. Sólo entonces podría persuadir a las empresas extranjeras de que las ventajas de la asociación superarían los inconvenientes.